

*«La única historia», de Julian Barnes o cómo la relación de un chico de 19 años y una mujer casada de 48 puede llegar a repartir los roles al revés*

## Un amor más allá de las convenciones



CARLOS SALA

Las historias de amor entre un hombre joven y una mujer mayor suelen ser relatos de seducción, memorias de una cierta educación sentimental, ensoñaciones broncas del despertar sexual, nada que en realidad valga la pena en una época post heteropatriarcado. Julian Barnes ha sabido darle la vuelta a este subgénero literario con «La única historia» (Anagrama), novela en la que el chico, un adolescente de 19 años y la mujer de 48, casada y con dos hijos, parten del mismo aturdimiento sentimental. Ninguno sabe nada del amor, en realidad, y lo descubren juntos. ¿Pero es ya demasiado tarde descubrirlo cerca de los 50, cuando las derrotas son tantas que cuesta levantarse por la mañana?

Barnes domina el discurso a la perfección para presentarnos a

estos dos soñadores involuntarios en unos años 60 demasiado cáusticos para apreciar todas las sutilezas detrás de una historia de amor intergeneracional donde los roles casi se han intercambiado. ¿Sabrá el chico enseñar a la mujer lo que en realidad significa amar y todas sus bondades para recuperarla de un alcoholismo que amenaza con hundirla en la miseria? La ignorancia de la juventud a veces es una rémora demasiado pesada.

La novela sirve como la recolección memorialista de unos años convulsos que marcaron para siempre la vida de este chico, valiente, joven, ingenuo, enamorado. Veía, sin que pudiese hacer nada para evitarlo, cómo iba perdiendo la estela de esta extraña mujer que emocionalmente seguía siendo una niña. Barnes nos habla de amor, de desamor, de las falsedades de la memoria y

de la incapacidad de los convencionalismos para describir a los seres humanos en una novela luminosa que le confirma como la cabeza más brillante del Dream Team de la literatura inglesa.

### Un poco de arte

La novela coincide en las librerías con otro título reciente del escritor británico, la reunión de ensayos «Con los ojos bien abiertos» (Anagrama). Barnes vuelve a demostrar su amor por la cultura francesa a través de los grandes maestros de la pintura desde el romanticismo, de Géricault a Delacroix, Courbet, Manet, Fantin-Latour, Cézanne, Degas, Odilon Redon, Bonnard, Édouard Vuillard, Félix Vallotton, Braque o Magritte. Para acabar, se abrirá a las esculturas blandas de Oldenburg, el crudo realismo de Lucien Freud y los colores de Howard Hodgkin.